

Estas consideraciones no impiden en manera alguna reconocer y proclamar, con los males acarreados por los sofistas, los bienes por los mismos producidos. Gran beneficio fué, y ciertamente el mayor que hay que agradecerles, el de que rompiendo los límites por extremo estrechos en que se hallaban encerradas la civilización y la cultura de su época, enderezaran sus esfuerzos á propagar la enseñanza, hasta entonces completamente abandonada, para abrirle nuevos y dilatados horizontes. Los sofistas fueron los primeros en difundir los conocimientos cuya suma designamos nosotros con el nombre de enseñanza superior; y por más que sus esfuerzos en este punto fueran deficientes y que á menudo incurrieran en errores, en manera alguna puede regateárseles el mérito de haber sido los que abrieron tan fecundo camino.

El ejemplo dado por ellos hizo prosélitos tanto más rápidos, cuanto que su proceder había respondido á una verdadera necesidad. En plazo relativamente breve, la enseñanza y la educación adquirieron una importancia infinitamente mayor que la que hasta entonces habían tenido; y muchos ingenios sobresalientes encontraron en el magisterio una misión tan honrosa como influyente. Mientras tal ejercicio les servía como compensación de la actividad práctica á que no podían consagrarse, realizóse en menos de un siglo aquella gran transformación gracias á la cual Atenas vino siendo durante casi mil años, el principal centro de la cultura que las escuelas de los retóricos y filósofos estaban llamadas á propagar.

No puede negarse que los sofistas fueron los iniciadores del gran impulso dado á la enseñanza, y que ciertamente no sólo es este su mayor mérito, sino que es el único que les ha sobrevivido. Por lo demás, analizados sus esfuerzos y tendencias, no sólo se ve que, más ó menos directamente, todos iban encaminados al mismo fin, sino que en ellos se encuentran los comienzos de un progreso que, con el transcurso del tiempo, hubo de conducir á la creación de institutos cuya analogía con nuestros actuales centros de enseñanza superior, no es posible negar.

Entre todos los ramos del saber á que más ó menos directamente enderezaron su actividad — y apenas si existe alguno á que ésta no se extendiera — la Retórica fué, sin duda, no sólo la en que mejores éxitos alcanzaron, sino también la en que ejercieron más duradera influencia. El elogio dedicado á Gorgias por el nieto de su hermana, proclamándole inventor del arte que es entre to-

dos el más á propósito para desarrollar las facultades intelectuales <sup>1)</sup>, si, atendida su procedencia, puede ser tachado de parcial, no es, sin embargo, ni innecesario ni injusto. Si en punto al valor de la Retórica cabe diversidad de opiniones, no puede en cambio desconocerse ni su importancia como elemento de cultura, ni el extraordinario influjo que posteriormente ha conservado. Es de igual suerte un hecho innegable, que á despecho de todas las consideraciones formuladas por Platon y los ensayos de Aristóteles para dar á la Retórica una base científica, el carácter que la imprimieron los sofistas es el que, en general, ha seguido imperando en ella. El desenvolvimiento de la prosa griega se completó y perfeccionó, sobre todo, bajo el influjo de las reglas por ellos establecidas; y al mismo tiempo que colocaban los cimientos de un arte de la palabra cultivado con maravillosa delicadeza, consagrábase, persiguiendo por supuesto fines prácticos, á atentas investigaciones sobre la estructura del lenguaje, merced á las cuales el estudio de la Gramática pudo figurar en el número de las disciplinas que á la sazón eran asunto de enseñanza <sup>2)</sup>.

En esta tendencia constante á la cultura meramente formal, había un peligro manifiesto. En un hombre como Gorgias, el peligro estaba en el exagerado aprecio del arte por él enseñado; pero era mucho mayor el que ofrecían aquellos que — tal sucedió con un gran número de sofistas — recibieron dicho arte estrechamente unido con tendencias ya por sí mismas dignas de acre censura. Sin entrar á examinar ahora la cuestión de si los sofistas son sólo responsables de los males que Tucídides señala en un pasaje muy conocido, — sobre todo al observar cómo cambiaron completamente el significado de palabras usuales y corrientes <sup>3)</sup> — consignaremos que por lo menos su aparición contribuyó de una manera eficaz á alentar las malas pasiones. El premio relativamente fácil que ofrecían á la ambición; sus ataques contra ideas y costumbres tradicionales; el modo y manera cómo iban éstos enderezados á favorecer ideas puramente subjetivas en frente del mérito protegido por las leyes del Estado: todo esto po-

<sup>1)</sup> Véase el cap. XXXII, nota 5, pág. 332 del tomo II.

<sup>2)</sup> Son muy de tener en cuenta sus investigaciones sobre la ὁρδοσεπεία y la ὁρδοσεπεία ὀνομάτων.

<sup>3)</sup> Libro III, 82, 4: καὶ τὴν εἰωθὺν ἀξιῶσιν τῶν ὀνομάτων ἐς τὰ ἔργα ἀντήλαξαν τῶν ὀνομάτων.

día naturalmente aumentar la perplejidad y la duda que ya reinaban en los espíritus, y engendrar una situación de esas que suelen acompañar, retardándolo, al comienzo de todo progreso.

Debería ser considerado como uno de los hechos más inexplicables y dignos de nota, el de que el poeta Aristófanes, en aquella de sus obras en que más especialmente se ocupa en la aparición y procedimientos de los sofistas y en que con más negras tintas los retrata, intente hacer responsable de las teorías malsanas por ellos difundidas, al hombre á quien, lejos de esto, estamos acostumbrados á considerar como el enemigo más enconado de aquellos oradores, si la experiencia no demostrase que aún allí donde con más empeño los combate, la diferencia entre sus teorías y las sofísticas es escasa. Sin embargo, aun debiéramos ternernos por dichosos, si fuera éste el único punto oscuro relacionado con el proceder de un hombre, cuya personalidad es quizá la más sobresaliente entre cuantas desempeñaron algún papel importante en la Grecia antigua: pues que no sólo ejerció sobre una buena parte de sus contemporáneos increíble atracción, sino que ha vivido en la memoria de las generaciones posteriores, como ejemplo de las más nobles virtudes.

No es, ciertamente, la menor prueba que puede darse de la importancia de Sócrates, la consideración de que, sin embargo de que jamás intentó consignar en escrito alguno sus doctrinas <sup>1)</sup>, es imposible omitir su nombre en una Historia de la Literatura Griega. La influencia por él ejercida, se manifiesta de diversas maneras. Mientras por una parte la descripción de su persona, de su carácter, de sus doctrinas y de sus virtudes, no por haber sido innumerables veces repetida, dejaba de ser siempre asunto nuevo é inagotable, por otra, del estilo que por ser suyo se denominaba socrático, nacía la forma artística del diálogo filosófico. A esto hay que añadir, además, la impresión profunda que dejó en los espíritus y el impulso por él dado á la cultura de la Grecia: impulso cuyo poder y eficacia no han podido expresar mejor los antiguos, que remontando hasta él el origen del desenvolvimiento filosófico en épocas posteriores.

<sup>1)</sup> Dicho se está que no merecerían tenerse en cuenta en este caso los ensayos poéticos de que habla Diógenes Laercio, aun cuando su autenticidad estuviese mejor demostrada que lo está hoy. Lo mismo podemos decir de las supuestas cartas de Sócrates.

Como es natural, ya para los mismos antiguos fué tema de discusión amplia, el intento de determinar en qué estribaba, en definitiva, la gran importancia y significación de Sócrates, y en qué consistía la verdadera esencia de su actividad intelectual. Puede considerarse como un ensayo de solución de este problema, el conocido aserto de Ciceron, de que Sócrates fué quien hizo bajar la Filosofía del cielo á la tierra, y el que la obligó á disputar sobre la vida y las costumbres, las cosas buenas y malas <sup>1)</sup>. Al lado de esta apreciación de lo que Sócrates hizo y de lo que con ello se proponía, merece quizá colocarse otra que, si bien revela claramente la intención de invocar en apoyo de las propias opiniones las de aquél á quien la Pythia había proclamado el más sabio entre todos los griegos, confirma el juicio que anteriormente dejamos consignado: como dice uno de los escritores cristianos más antiguos, Justino el Mártir, Sócrates fué el que sustituyó á la creencia en las divinidades Olímpicas, basada en Homero y los demás poetas, la fe en el verdadero Dios <sup>2)</sup>.

Créase lo que se quiera sobre la exactitud de esta opinión, es de todas suertes cierto que, gracias á Sócrates, lo mismo en su época que en las sucesivas, las cuestiones éticas y las religiosas fueron las que despertaron mayor interés. La manera cómo consiguió esto, es absolutamente original. Difícil es determinar si la influencia que Sócrates ejerció, estribaba más en la índole y esencia de sus doctrinas, que en la perfecta armonía existente entre sus teorías y consejos y su manera de obrar. No obstante lo mucho que sobre Sócrates se ha escrito, aun permanecen en la oscuridad numerosos pormenores que desearíamos conocer. ¿Cómo el hijo del escultor Sofronisco y de la partera Fenarete—ambos

<sup>1)</sup> *Tuscul. disput.*, 5, 4, 10: *Socrates autem primus philosophiam devocavit e caelo et in urbibus collocavit et cægit de vita et moribus rebusque bonis et malis quaerere.* En términos más sencillos ha dicho lo mismo Aristóteles. *De part. anim.*, I, 1 p. 642, a, 28: *ἐπὶ Σωκράτους τοῦτο μὲν ἠρέθη, τὸ δὲ ζητεῖν τὰ περὶ φύσεως ἔληξε, πρὸς δὲ τὴν χρησιμὴν ἀρετὴν καὶ τὴν πολιτικὴν ἀπέκλιναν οἱ φιλοσοφῆσαντες.*

<sup>2)</sup> *Apoloq.*, II, 10: *ὁ πάντων δὲ αὐτῶν εὐτονώτερος πρὸς ταῦτα γενόμενος Σωκράτης τὰ αὐτὰ ἡμῖν ἐνεκλήθη· καὶ γὰρ ἔρασαν αὐτὸν καινὰ δαιμόνια εἰσφέρειν, καὶ οὕς ἡ πόλις νομίζει θεοὺς μὴ ἡγεῖσθαι αὐτόν. Ὁ δὲ δαίμονας μὲν τοὺς φαυλοὺς καὶ τοὺς πράξαντας ἄερασαν οἱ ποιηταί, ἐκβαλὼν τῆς πολιτείας καὶ Ὀμηρον καὶ τοὺς ἄλλους ποιητάς, παραιτεῖσθαι τοὺς ἀνθρώπους ἐδίδαξε, πρὸς θεοῦ δὲ τοῦ ἀγνώστου αὐτοῖς διὰ λόγου ζητήσεως ἐπίγνωσιν προὔτρεπετο εἰπὼν (Platon, *Ti-meo*, p. 28, c.) τὸν δὲ πατέρα καὶ δημιουργὸν πάντων οὐδ' εὔρειν ῥάδιον, οὐδ' εὐρόντα εἰς παντὶς εἶπεν ἀσφαλές.*

nombres, si no estuvieran basados en una tradición perfectamente cierta y segura, podrían muy bien despertar la sospecha de que habían sido inventados en época posterior para indicar la futura grandeza de Sócrates—pudo, no sólo cautivar en tan alto grado la atención de sus contemporáneos, sino atraerse á hombres cuya posición social era muy superior á la suya? Lo que sabemos respecto de su educación, no da á esta pregunta contestación satisfactoria; y aun la mayoría de los pormenores que sobre este particular nos transmiten escritores posteriores, parece descansar en meras invenciones <sup>1)</sup>. Indudablemente merecen más crédito las alusiones que á menudo hallamos á su profundo conocimiento de las obras literarias <sup>2)</sup>; y no parece menos creíble que, durante su permanencia en Atenas—la cual sólo abandonó para cumplir en el Ejército sus deberes de ciudadano—mantuvo estrechas relaciones de amistad con gran número de hombres notables. Las extraordinarias energía é independencia de su carácter, excluyen enteramente la idea de que Sócrates tuviera que agradecer otra cosa á ajena influencia, que el simple estímulo y materia para la propia meditación. Ante todo, el espectáculo de lo que él mismo había tenido ocasión de observar en Atenas, no podía dejar de ejercer en su alma el consiguiente influjo. Ahora bien, como se necesitaba una vida intelectual tan activa y variada cual era la de Atenas en el ciclo de Pericles, para que pudiera producirse una personalidad como la suya, difícilmente podríamos comprender bien el carácter y la significación de Sócrates, si quisiéramos estudiar uno y otro abstrayendo la figura del gran sabio, de la vida y cultura del pueblo ateniense en aquella época. En otra parte cualquiera, considerado como un ente raro y original, sus doctrinas sólo habrían despertado una atención pasajera y efímera. Gracias únicamente á que Sócrates vivió siempre en Atenas, su influencia fué duradera; al paso que la de la mayoría de los sofistas, merced sobre todo á sus constantes cambios de morada

<sup>1)</sup> Este juicio es sobre todo aplicable á lo que se ha dicho acerca de la enseñanza que recibió de Anaxágoras ó de su discípulo Arquelaos. Es indudablemente inventada la noticia transmitida por el escoliasta de las *Nubes* de Aristófanes, verso 828, de que fué discípulo de Diágoras el Ateo.

<sup>2)</sup> Especialmente en Jenofonte, *Memorias de Sócrates*, I, 6, 14: καὶ τοὺς Σησαν-  
ροῦς τῶν πάλαι σοφῶν ἀνδρῶν,, οὓς ἐκεῖνοι κατέλιπον ἐν βιβλίῳ γραψάντες, ἀνε-  
λίττων κοινῇ σὺν τοῖς φίλοις διέρχομαι, καὶ ἂν τι ὄρωμεν ἀγαθόν, ἐκλεγόμεθα καὶ  
μέγα νομίζομεν κέρδος, ἐὰν ἀλλήλοις ὠφέλιμοι γιγνώμεθα.

tan á menudo censurados por Platon, fué por extremo fugaz. No puede dudarse, sin embargo, que Sócrates, á pesar de todo aquello que hacía ver en él un personaje extraño y de no ajustarse por ende á la idea que nosotros acostumbramos formar del ciudadano griego, era un verdadero ateniense.

Para comprender bien el hecho, ya apuntado, de que Sócrates hallara muchos partidarios no sólo en la clase social á que pertenecía, sino también entre hombres que, bien por razón del nacimiento, bien por razón de las riquezas, eran muy superiores á él, bastará con recordar lo que ya se ha dicho sobre la mayor libertad en el trato social y la menor importancia que en Atenas se iba dando á la diferencia de clases. El secreto de lo que se ha llamado arte de partear inteligencias, de Sócrates <sup>1)</sup>, para cuyo ejercicio no desperdiciaba ocasión alguna, en la plaza pública, en los gimnasios, en el mercado, en los talleres, en el trato privado y personal, sólo puede ser explicado suficientemente mediante un examen detenido de su carácter y la comprensión clara y concreta de sus ideas nobles y elevadas, las cuales levantaron el nivel así moral como intelectual de sus conciudadanos. Es difícil determinar hasta qué punto contribuyó esto á prestarle una especie de consagración, y á despertar la creencia de que estaba en relación directa con la divinidad. Con las instrucciones que, como el mismo Platon indica á menudo, recibía de ella directamente, tiene estrechas conexiones, aquella revelación secreta á que sus discípulos llamaban su *dæmonium*. Es muy de notar que ni Jenofonte ni Platon estimaran necesario extenderse sobre este punto, y que donde han tenido ocasión de tratarlo, lo han hecho como si hablaran de cosa sabida y corriente. Ahora bien, aludan estas instrucciones, como algunos han sostenido, á la voz de la conciencia, para expresar la cual carece de palabra la lengua griega, ó refiéranse á cualquiera otra cosa, siempre y ante todo hacen relación á aquél detenido y profundo examen de las propias inclinaciones y manera de ser, que Sócrates recomendaba como lo más necesario é importante. Al mismo tiempo, constituyen una prueba elocuente de cómo se hermanaba en él la sobriedad del entendimiento, con la persuasión íntima de la dependencia en que se halla la naturaleza humana, respecto de un misterioso poder supremo.

<sup>1)</sup> Platon, *Theatetus*, p. 150, I. 161, e. *Politicus*, p. 268, 6.

Pero si Sócrates no fué un simple moralista como aquellos que en tan crecido número conoció la antigüedad, tampoco era lo que nosotros entendemos por un filósofo de escuela. Partiendo, pues, de esta base, no hay que buscar en Sócrates ni un sistema filosófico propio, ni un sistema de enseñanza metódico y ajustado á reglas determinadas; pues cuando se engolfaba en discusiones teóricas, atendía única y exclusivamente á las relaciones inmediatas de ellas, con las cuestiones prácticas; y ciertamente, acaso es esto lo que más le hizo asemejarse á los sofistas. Sin embargo, el camino que Sócrates seguía, era completamente distinto del emprendido por estos últimos. Para Sócrates, como para los sofistas, lo que sobre todo importaba, era persuadir. Pero no es que él intentara imponer á su auditorio el convencimiento y la persuasión, deslumbrándolo con argumentos irrefutables; pues lejos de presentarse como maestro ó de exponer en discursos prolijamente meditados y dichos con tono de superioridad, una opinión cualquiera, contentábase con guiar á aquellos con quienes conversaba al conocimiento de la verdad, por medio de una hábil y bien dispuesta serie de preguntas. No en otra cosa consistía el procedimiento denominado socrático, del cual se precian de ser fiel imagen, las *Memorias de Sócrates* de Jenofonte.

Aun cuando fuera cierto que á esto se limitaba la diferencia en lo esencial existente entre Sócrates y los sofistas, esta diferencia sería de todas suertes sobrado importante. Pero lejos de ello, era sin duda infinitamente más profunda—aunque como es natural, hay que admitir también grados intermedios—y debe, por consiguiente, investigarse su verdadero alcance, lo mismo por lo que respecta al fin que uno y otros se proponían, como por lo que atañe á su respectiva eficacia. Por lo pronto, Sócrates tenía el mérito de desdeñar toda recompensa. Sabido es, por otra parte, cuán frecuentemente habla del asunto Platon y echa en cara á los sofistas el comercio que hacían con su ciencia. Con nuestras ideas de hoy acerca de la materia, es muy difícil sustraerse á la impresión de que semejante censura no estaba las más veces completamente justificada; pero de todas suertes, no es posible negar que su razon de ser se hallaba en la manera ideal de ver las cosas que constituía uno de los rasgos más salientes del carácter de Sócrates, y que, no obstante toda su sobriedad, no ha podido borrar la obra de Jenofonte.

Pero por grande que sea esta diferencia, en realidad no es

sino secundaria y de poco momento, en comparación de la oposición completa y radical de principios en que Sócrates se hallaba respecto de los sofistas, al tomar como punto de partida de sus ideas y opiniones, la máxima según la cual «la virtud es ciencia.» De esta suerte, al paso que para los sofistas lo principal era el *poder*, para Sócrates el *saber* era la base del bien obrar. Ahora bien; como el exacto conocimiento de las cosas produce como consecuencia necesaria, el obrar justamente, fuerza es inferir que nadie puede voluntariamente hacer nada malo, sino que toda acción mala hay que achacarla á ignorancia. Agréguese á esto que, según el sentir de Sócrates, lo bueno era al mismo tiempo lo útil <sup>1)</sup>, y se comprenderá que faltaba aún mucho á esta teoría para ser formulada con precisión y claridad, á la vez que se verá claro cómo más tarde se pudieron derivar de ella opiniones, en la apariencia, completamente contradictorias. Pero si esta doctrina era deficiente para responder á las objeciones que podrían hacérsele desde un punto de vista estrictamente filosófico, constituye, en cambio, un notable progreso. Por otra parte, su influencia sólo puede examinarse estudiando á la vez al hombre que la propagó, y sobre todo aquel inquebrantable tesón, con que no sólo mantenía sus convicciones, sino que las exponía francamente donde quiera se le ofreciese para ello ocasión propicia.

Conocida es la suerte que esta conducta llegó á acarrearle. En una acusación presentada contra él por Melito y Anito el año 1 de la 85.<sup>a</sup> Olimpiada, 399 a. Chr., acusábasele de innovador de las cosas divinas y de corruptor de la juventud. No ha llegado hasta nosotros noticia alguna <sup>2)</sup> sobre los fundamentos en que apoyaban la primera imputación; pero la manera como está formulada, permite inferir que, en concepto de los acusadores, era la más

<sup>1)</sup> Véase Jenofonte, *Memorias*, 3, 9, 4: πάντας γὰρ οἶμαι προαιρουμένους ἐκ τῶν ἐνδεχομένων ἢ οἶοντα συμφορώτατα αὐτοῖς εἶναι, ταῦτα πράττειν.

<sup>2)</sup> Lo que Esquines sostiene en el pasaje citado en la pág. 9 del presente tomo, y de lo cual se tomó pie para formular un grave cargo contra Sócrates, acerca de la influencia que ejerció en Cricias y Alcibiades, está confirmado por las noticias de la *Apología*. Pero evidentemente se refiere esto sólo al segundo extremo de la acusación. Lo mismo sucede con lo que se ha dicho acerca de las ideas de Sócrates sobre que la suerte decidiera las personas que hubiesen de desempeñar los cargos públicos. Esto aparte de que semejante cosa, no podía en manera alguna motivar una sentencia de muerte.

importante. Probablemente Sócrates no habría sido condenado, ó por lo menos la sentencia no habría sido ejecutada, si él mismo no hubiese querido sugerir la prueba: resuelto, como estaba á disipar la más ligera sospecha de que la perspectiva de la muerte pudiera hacer vacilar sus convicciones ó turbar un momento su tranquilidad de ánimo. Sin embargo, la verdadera causa de la muerte de Sócrates debe buscarse en el egoísmo de los que entonces empuñaban las riendas del Poder. Sin duda habían reconocido en él al más terrible de sus enemigos; pero la esperanza, si es que la llegaron á abrigar, de que su muerte pusiera fin á la propagación de las doctrinas por Sócrates preconizadas, resultó completamente vana é ilusoria. La semilla arrojada por él en las almas había germinado, y su muerte, lejos de poner término á su desarrollo y crecimiento, contribuyó eficazmente á activarlo.

En manera alguna puede considerarse á Sócrates como el primer pensador de Grecia; pues que no sólo no alcanzó á competir con muchos de los que le precedieron, en profundidad de ideas y audacia en la especulación, sino que entre los posteriores hubo también varios que le aventajaron por la amplitud de sus conocimientos, perspicacia y aptitudes para distinguir con precisión y exactitud las ideas. Sin embargo, ninguno hay, sin excluir al mismo Pitágoras, que pueda colocarse á su nivel, si se atiende al grado de influencia que ejerció en sus contemporáneos y generaciones posteriores. Si es verdad que la razón de esto debe buscarse, en parte, en las circunstancias y condiciones de la época, verdad es también que hay que atribuirlo además al carácter del hombre que, con su palabra y con sus obras, fué no sólo para sus coetáneos, sino para los siglos siguientes, modelo de la más pura virtud y de creencias religiosas tan arraigadas como imperturbablemente sostenidas. Es de todo punto exacto que la época en que floreció Sócrates era, para su sistema, la más favorable que puede imaginarse. Ciertamente que no partió de él aquel vigoroso arranque que de repente invadió y animó los espíritus; pero también es cierto que al mismo tiempo que Sócrates le señalaba su justa aspiración, encauzábalo por el único camino que podía conducirlo á un verdadero progreso. La influencia de Sócrates fué tanto más duradera, cuanto que no era el fin suyo propagar una teoría completa, un perfecto sistema filosófico. En el fondo, sus doctrinas no eran ni más ni menos que verdades

aisladas, pero cada una de las cuales encerraba el germen de un desarrollo fecundo; y precisamente por ello, aquel desarrollo se realizó por los más diversos y, en parte también, opuestos caminos. No otra cosa revela claramente el hecho de que desde un principio las ideas por Sócrates difundidas, dieron origen, no á una, sino á varias escuelas denominadas socráticas.